

BLAS INFANTE (HIJO), EMIGRANTE EN HOLANDA

ANTONIO RAMOS ESPEJO

ESPERA un momento, que me queda aquella mesa". Y espero. Blas Infante trabaja en el restaurante Iberia, de Amsterdam, entre cuatro paredes con pinturas grotescas de guardias civiles y toreros. ¿Cómo es que Blas no está en Andalucía, como Luisa, María de los Angeles y Alegría, sus hermanas? Porque al único hijo varón del padre de la patria andaluza le tocó también la amarga china de coger el pasaporte de la emigración hace dieciocho años. Qué lejos queda Coria y La Puebla del Río. Y ahora que los crios han ido aprendiendo a cantar el himno de Andalucía y en los balcones de los pueblos luce la verdiblanca.

—Ya estoy listo, ¿nos vamos?
Salimos por la noche fría de Amsterdam. "Ves, tantos canales, qué bonitos son... Pero es como la libertad que tenemos, con el agua encauzada, dirigida, controlada de acá para allá. Yo quiero ser más libre...". Y me pregunta con la nostalgia a flor de piel: "¿Cómo está Andalucía? ¿Cómo están mis hermanas? ¿Qué buena gente!... ¡Qué buena!... ¡Taxi...".

Vamos a tomar una copita al bar de las Gemelas, que son como sus hermanas holandesas. "Mira, ellas, hace tres años, estaban en Marbella y cogieron un taxi para llevar un ramo de claveles al monumento de mi padre en Casares... ¿No es para quererlas toda la vida?...". Blas no ha perdido el acento sevillano de Triana; lo conserva intacto de cuando era estudiante de Derecho y colgó los libros por mor de los latinajos del canónico; de cuando era novillero en San Sebastián de los Reyes.

—Nunca me han hecho una entrevista, ¿eh?... Nunca. Porque, ¿qué interés puedo yo tener? Ninguno, hombre, ninguno. Yo soy un trabajador más de los veinticinco mil españoles que estamos en Holanda... Bueno, ¿qué tomamos? Y si cuentas algo de mí, que sea la realidad. Que soy un trabajador, ¿eh?... Un trabajador que lucha, que tiene sus ideas, que piensa en Andalucía, como todos los que estamos aquí.

—¿Qué me decías antes de tu padre?

—Mi padre era un idealista.

—Eso es cierto.

—Demasiado bueno, ¿no? Se sacrificó mucho. Ahora es cuando su ejemplo está dando resultado. Nunca es tarde, pero quizá debía haberlo dado mucho antes. El trauma de la guerra civil lo partió todo, hasta lo poquito que había.

—¿Y vosotros, en la familia, percibíais que su mensaje llegaría a despertar en Andalucía?

—Sí, en muchos momentos lo habíamos pensado.

—¿Cuándo te diste tú cuenta?

—A mí me metieron en un colegio de jesuitas, en Sevilla. En aquella época, con ese personal, ¿qué ideas podía yo tener? Pero cuando salí de los jesuitas, sí. Yo me desperté en otro colegio particular y en el Instituto.

—¿Y tu madre qué os contaba?

—Unas cosas que nos contaba ella y otras que nosotros leíamos.

Escorial del último virrey. ¿No has leído a Manuel Barrios?

—Sí.

—Pues todo eso lo cuenta en El último virrey.

—Y tú, ¿cómo fue romper con Sevilla, con Andalucía, y lanzarte a la emigración?

—No sé... Yo quería más libertad, desarrollarme por mí mismo.

—La libertad es tu obsesión.

—La libertad es lo más hermoso que se puede conseguir.

—Porque tu caso no era el del andaluz que lo pasaba económicamente mal, muy mal. Aunque

mecánico montador de tractores.

—¿Venía entonces mucha gente?

—Con mi expedición llegamos cien personas. Cuarenta veníamos a la Ford, y el resto traía contrato para la Philips de Rotterdam. En la plaza de España de Sevilla nos dieron ochenta pesetas a cada uno y nos montaron en el tren. Cuando llegamos a Madrid nos metieron en el hotel Ronda y nos volvieron a dar ciento cincuenta pesetas. De Madrid a París y de París a Amsterdam. En aquellos años, te hablo de mil novecientos sesenta y tres,



A Blas Infante, el único hijo varón del padre de la patria andaluza, también le tocó, hace dieciocho años, la amarga

Pero teníamos siempre mucha confusión.

—A tu madre le gustaba, según me contaba Luisa, que leyerais El Ideal Andaluz y el Almotamid.

—Sí, sí... Mi madre era muy católica. Y entonces, claro, había cosas en El Ideal que son liberales cien por cien. Y ella casi no se atrevía a decírlas, ¿comprendes? Mi madre era muy religiosa. Conmigo estaba siempre pendiente para que me vistiera de nazareno todos los años en la Macarena. Guardaba tónicas siempre con los colores andaluces. Ya ves, la Macarena... Como hermandad es fascista cien por cien. Allí está enterrado hasta Queipo de Llano...

—Sí; Queipo de Llano fue hijo mayor o algo de eso, ¿no?

—Sí. Hermano mayor honorario, que tiene tela... Y está enterrado en la misma basilica. Es El

cada uno ha emigrado por circunstancias distintas.

—Yo quería romper... Eso es, romper. Porque, ¿qué podía yo hacer allí? Yo no tengo título universitario. Yo podía trabajar en una oficina, de ejecutivo o algo así, con una corbata siempre, sin ser yo mismo, sin valerme por mis méritos. Y dije que no. No quería el despachito, el carguito de enchufao. Y aquí, pues mira, si terminabas de trabajar en la Ford, te ibas a fregar suelos, a poner las bobinas de los periódicos, a otra fábrica, como un trabajador, que es lo que soy.

—¿Cómo fue llegar a Amsterdam?

—Me apunté en las oficinas del Instituto Nacional de Emigración, en la plaza de España de Sevilla.

—¿Apuntao?

—Vine por Emigración con un contrato para la Ford, como

la emigración vivía más unida. Nos prestábamos dinero, tomábamos copas juntos los sábados y domingos...

—¿Dónde vivíais?

—En pensiones. Eso era criminal. Si te tocaba con más emigrantes te daban una habitación con seis personas en literas...

—¡Jo!

—Y para ducharnos y eso teníamos que ir a las duchas públicas. Si te tocaba con más emigrantes te daban una habitación con seis personas en literas...

—¿Cuántas horas trabajáis vosotros al llegar en mil novecientos sesenta y tres?

—Pues mira, yo, cuando vine, terminaba en la Ford a las cinco de la tarde, luego me iba a fregar suelos hasta las diez y media de la noche, y además, los sábados y domingos me iba a los hoteles también a fregar. Aquí hay gente que ha ahorrado mucho dinero a base de no parar de trabajar, de

no salir, de no tomarse nunca una copa.

—¿Cómo vives ahora?

—Yo vivo sin molestar a nadie.

—¿Y has pensado alguna vez en volver?

—Pues, sí... Me gustaría.

—¿Volver definitivamente?

—¿Para quedarme? No sé... Yo soy una persona poco estable. Hombre, es lógico que me gustaría volver, a mí y a cualquiera. Pero sin sentar base... La libertad es muy importante para mí.

—Y allí, ahora, cuando empezó a reconocerse la figura de tu padre, ¿no te hubiera gustado estar en Andalucía y participar de ese reconocimiento?

—La gente me iba a mirar como hijo de papá... Muchos podrían decir: "¡Mira, éste vuelve ahora que...!". Yo no tengo méritos.

—¿Por qué no?

—No, no los tengo. Yo soy un simple trabajador.

—¿No será que es mucha res-

—¿Y piensas jubilarte aquí?

—Aquí, cuando llegamos, todos decíamos que dos años más, que tres y luego al pueblo. Pero el destino de muchos emigrantes es seguir hasta la jubilación. ¿Qué hacemos allí ahora? Quedarnos paraos y pensar otra vez en emigrar. Eso le ha pasado a muchos.

—Y en cierto modo, al hacerte ese planteamiento, ¿has ido dejando de ser andaluz para convertirte cada día más en un holandés?

—¡No! ¡Qué va, hombre! Yo me he hecho ese planteamiento porque soy trabajador. Yo tengo muy buenas amistades en Holanda. Yo, ya notas mi acento... Siempre andaluz. Yo tengo mis ideas socialistas e internacionistas, y esta sociedad holandesa es muy burguesa, ¿sabes?

—Tú, siempre andaluz...

—Andalucía para sí, para España y la Humanidad, como dice nuestro himno. Pero yo no soy fanático. No hay que ser fanático de región o de patria. Yo detesto

—Es un personaje que me ha interesado. ¡Durruti!... El autogobierno sería lo ideal. Pero es una utopía.

—¿Tú también te sientes un poco ácrata?

—Sí, en cierto modo. Soy un ácrata tal vez, pero con fundamento. La política necesita mucha burocracia, y la burocracia cuesta mucho dinero y crea puestos de trabajo que son improductivos, como tú sabes, ¿eh? No repercute en la economía. Es una carga. No podemos convertir a las personas en burócratas. "¡Escribeme esta carta..., escríbeme...!". "¡Escribetela tú...!". O me la escribo yo. El autogobierno. Es lo más sano. No necesitaríamos presupuestos para asuntos exteriores, ni gastos de representación, ni tantas cosas que llevan consigo los partidos. Y todo eso, en realidad, repercute en el trabajador.

—El trabajador es el que al final paga el pato.

—El que lo paga todo. Mira:

—Cada día más.

—Eso es terrible. Una canalla da que la gente tenga que estar así. Y Andalucía es enorme de rica. Y con ese sistema no hay forma... El teléfono. Espera, ¿eh?... Mi hermana Luisa. Oye, Luisa, estoy aquí con Antonio...

—Hablas mucho por teléfono con Luisa, ¿verdad?

—Para mí es fundamental. Porque mi hermana Luisa tiene una cultura colosal; posee una de las mentes más claras que yo he conocido. Cuando mis amigas, las Gemelas, me ven un poco triste y tal, me dicen: "¡Blas, habla con Luisa!". Y me cojo el aparato y me pongo a hablar con ella... Y Luisa se cree que yo estoy en La Puebla y ella en Coria, y se tira una hora hablándome de todas las cosas y las gracias del pueblo.

—Y se te quita la tristeza, claro.

—Es la mejor medicina.

—¿Qué es lo que echas de menos de tu pueblo?

—Tú. Yo te diría que tó... El tinto, el pescaito en adobo... Y esa gracia natural de la gente de Coria y La Puebla, que es algo divino. La gente no piensa en hacer chistes. Quiere hablar en serio, ¿eh?, y le salen gracias. Mira, tú vas a cualquier taberna y estas escuchando a tres o cuatro cómo hablan y te caes p'atrás de risa; no porque estén contando chistes ni ná... Cosas. El ser andaluz se lleva en la sangre y eso lo llevan en mi pueblo, en tu pueblo, en tós nuestros pueblos.

—¿Cómo es que te has adaptado a vivir aquí, sin sol, con este clima tan raro?...

—Yo soy bastante duro. Yo me aclimato con facilidad. Estoy acostumbrado. A veces tengo algunas nostalgias o algún problemita de añoranza. Y sé guardármelos. Los combato como sea. Y a pasarlo lo mejor posible. Ya te he dicho que tengo una filosofía rara.

—¿Rara por qué?

—Porque creo en muy pocas cosas.

—¿En qué cosas?

—En lo que yo creo, de verdad, de verdad, llegaré. Pero ni tú ni yo lo veremos, ¿eh? Es lo que te he dicho anteriormente del autogobierno. Bueno, que lio, ¿no?

Han llegado Miguel, Teo, Vendela..., amigos holandeses que trabajan con españoles. Mariana ha colocado una tabla de quesos sobre la mesa. Vendela lía un cigarrillo Van Nelle. "Amsterdam es la Sevilla del Norte", dice Blas. Y ahora vamos a tomarnos una copita. Otra vez a las Gemelas. Y a jugar a los chinos, a las porras. Tres con las que saques y te tocó, Mariana. Los canales se han llenado de nieve. La libertad que corre, controlada. Blas piensa en Durruti. "Yo no he ido a la recepción de los Reyes, no... No me va. A Mariana, sí". Blas, qué buena gente... ¿Cuándo llegaremos a Sevilla? ■ A. R. E. (Fotos del autor.)



Blas de coger el pasaporte de la emigración. Sobre estas líneas, Blas Infante en Amsterdam, donde trabaja.

ponsabilidad ser hijo de Blas Infante en la Andalucía de mil novecientos ochenta?

—Yo no le tengo miedo a la responsabilidad. Yo pienso que esta es mi postura, que responde a una moral mía particular.

—¿Has pensado alguna vez en aquello que escribió tu padre sobre los andaluces, obligados a emigrar a otras tierras?...

—Que se hizo realidad en su hijo, ¿no? La emigración es algo muy triste. Cada uno de nosotros hemos emigrado por unas circunstancias. Aquí se ha dado cada caso... Y ejemplos de gente extraordinaria que venía sin ninguna formación, y a base de fuerza de voluntad llegaban incluso a sacarse el título de mecánico en holandés. La cuadrilla nuestra hacía muchas horas de trabajo y no teníamos tiempo de pensar en prepararnos para ascender. Vivíamos.

el centralismo. Lo único importante que yo sé es que el obrero tiene que pensar en que por encima de todo es obrero y luchar para que su clase, por lo menos, sea respetada.

—¿Cómo entraste en contacto con la izquierda?

—Durante la dictadura todo nuestro proceso lo seguimos por Santiago Carrillo. Nosotros leíamos lo que nos mandaban desde París. Después, se entró también en contacto con Felipe González. Y ya conocí yo a Alejandro Rojas Marcos y con él estoy en el Partido Socialista Andalúz.

—Tu padre, más que político, tenía posiciones muy respetadas por los anarcosindicalistas, ¿no?

—Mi padre tendía al autogobierno utópico.

—Admiraba a Seisdedos y a anarcosindicalistas de su época. También tú me has hablado de tus simpatías por Durruti.

que hay que abrocharse el cinturón, el trabajador. Que hay que ahorrar, el trabajador. ¿A quién le congelan los salarios? Al trabajador. ¿A quién le suben los precios? Al trabajador. Y todos los chorizos oficiales, ilegales desde mi punto de vista, a vivir del cuento. Porque esos no prescinden nunca de sus Mercedes, de sus palacios... Porque hoy llega Fulanito, mañana llega Mengano y pasado mañana el Emperador de la Pausia. ¿Y quién paga? El trabajador.

—Y, según veo, tú muy monárquico no te sientes.

—No. Porque es un gasto de representación inútil. Pero, ¿por qué una persona porque venga de una dinastía?... Eso, palacios, esos sueldos ya de no... Y la gente que no puede tirar con lo que tiene. Oye, por cierto, ¿es verdad que hay tanto paro por allí?